

SUMARIO.

LIRA COSTARRICENSE, por la Redacción.—LAS BELLAS ARTES, por J. Maluquer y Salvador. ABANDONADA, por C. GAGINI.—ENSAYO LINGÜÍSTICO, por C. Gagini.—MISCELANEA.—ESTANCIAS.—CONTRASTE.—A. M., por Amer.—EL REPORTER, por J. A. Artoyo.—LA LOCURA DEL CAMPANARIO, por A. Pérez Nieva.—AUSENCIAS, por N. ECHEVERRÍA.—HISTORIA DE UN CORAZÓN, por Alberto Rodríguez.—A. M. . . .—NOTAS.—EL VOLCÁN DE POAS, por H. PITTIER.

Lira costarricense.

—:o:—

CUANDO apareció el tomo primero de la *Lira costarricense*, prometimos á nuestros lectores algo como un juicio crítico acerca del nuevo libro; pero estorbaron el propósito ocupaciones imprevistas, y resolvimos aplazar su ejecución para cuando dispusiésemos de más calma y más tiempo. Era nuestra intención ofrecer al público un estudio, si no erudito y brillante, porque esto sería imposible para nuestra pluma, por lo ménos escrupuloso y bien madurado; por desgracia un incidente nos obliga hoy á escribir de prisa sobre un asunto que hubiéramos querido estudiar con más espacio.

Es el caso que la *Revista Popular* de Nueva York publicó hace poco un artículo crítico sobre el tomo primero de la *Lira*; y como quiera que en ese artículo, á vueltas de algunas verdades crudas, hay otras tantas apreciaciones injustas, no podemos, á fuer de imparciales, rechazar del todo las primeras, ni debemos como costarricenses pasar en silencio las segundas. Trataremos, pues, de poner la verdad en su punto, sin que nos ciegue el nacionalismo al hablar de los méritos, ni cohiba la amistad al censurar los defectos de los escritores aludidos por el periódico neoyorquino; expresaremos nuestras ideas con entera franqueza, aun á riesgo de lastimar epidermis demasiado sensibles, porque creemos que el disimular las faltas sólo conduce á extravíos mayores, y que la crítica severa en muchos casos, es semejante á una operación quirúrgica: duele, pero sana.

Téngase en cuenta, no obstante, que vamos á manifestar opiniones puramente personales que muy bien pueden ser erróneas, puesto que no somos ni pretendemos ser autoridades en materia literaria.

*
*
*

Desde luego estamos de acuerdo con la *Revista Popular* en que muchas composiciones de la *Lira* debieran excluirse por más de un motivo: á nuestro juicio habría sido preferible formar un tomito de una treintena de poesías escogidas cuidadosamente y revisadas por sus autores, á llenar tres volúmenes de regular tamaño con composiciones que en sus tres cuartas partes carecen de pensamientos poéticos y de forma artística.

La poesía, como los perfumes, se aprecia por la calidad, no por la cantidad.

También es forzoso confesar que la *Revista* tiene razón cuando echa en cara á los poetas el desaliño del estilo y la pobreza de dicción.

Estos dos defectos, tan comunes en los escritores nacionales, provienen, 1º de lo reducido de nuestro vocabulario corriente; 2º de los métodos absurdos empleados antiguamente en escuelas y colegios para la enseñanza

del idioma; 3º de la poca importancia que generalmente se ha dado entre nosotros á los estudios literarios.

Para merecer el nombre de poeta no basta escribir versos por mera afición ó sugestionados por algún vate célebre con cuya lectura nos hallamos encariñado: es preciso, además de poseer las dotes naturales indispensables, rica imaginación, sensibilidad exquisita y buen gusto, conocer los principios del arte, haber estudiado detenidamente los grandes modelos, ser observador atento de la naturaleza y manejar bien el idioma.

Lo que sí nos parece á todas luces fuera de razón en la crítica de la *Revista*, es el haber juzgado en absoluto las poesías de la *Lira*. El crítico debe tener en cuenta multitud de circunstancias, porque como dice Revilla:

“La crítica, al juzgar una obra, no ha de perder de vista las condiciones, carácter y aptitudes de su autor, ni las influencias del medio social en que se produce, pues el juicio de una obra, abstractamente considerada como una entidad que no tiene raíces en todo el conjunto de circunstancias personales y locales que la determinan, difícilmente es justo y acertado”.

¿Qué sería, en efecto, el *Poema del Cid*, juzgado en absoluto, más que una obra prosaica, pesadísima, falta á veces de unidad y llena de defectos en la ruda forma? ¿No se encuentran por ventura estos defectos y aun otros mayores en el *Ramayana*, la grandiosa epopeya india, y en casi todos los monumentos literarios de la antigüedad?

La *Revista* ha sido excesivamente dura con los poetas costarricenses, porque ignora sin duda que nuestro escaso movimiento literario data de ayer; y que carecemos por esta razón de literatura nacional; que casi no tenemos historia y que no tenemos poesía popular; que somos un pueblo nuevo y muy reducido; que no hemos tenido academias, ni sociedades de bellas letras ni siquiera cátedras formales en los establecimientos de segunda enseñanza.

Por estas y otras razones que omitimos, sería absurdo pretender que Costa Rica produjese vates de primera magnitud, como algunos de otras naciones más grandes, más ilustradas y más antiguas que la nuestra.

Cierto es que no podemos oponer á México un Peza, ni á Colombia un Gutiérrez González ni á Venezuela un Bello, ni á la Argentina un Estanislao del Campo; pero tenemos unos cuantos poetas, descartando el considerable número de malos versificadores entre los cuales nos contamos nosotros, unos cuantos poetas, decimos, que con más dedicación, estudio y estímulo, podrían colocarse en primera línea con los más esclarecidos de Centro América y aun acaso con los de varias naciones sud-americanas.

Volviendo al juicio emitido por la *Revista Popular*, diremos nuevamente que nos parece digno de impugnarse en ciertos puntos. El elogio de Alfaro es merecido: Alfaro es de la manera de que se hacen los poetas.

Otro tanto decimos de Flores; pero lo que el crítico dice de Facio, por ejemplo, es excesivamente duro y excesivamente injusto.

Facio es poeta estimable, no porque la *Ilustración Española* haya publicado una de sus composiciones, sino porque así lo reconoce el público ilustrado; juez supremo en asuntos de arte. Afirmar rotundamente que Aquileo Echeverría no es poeta ni debe tener pretensiones de serlo, nos parece otra injusticia. Aquileo puede llegar á serlo, cuando estudie más y medite mejor sus obras, plagadas de defectos de fondo y de forma; puede llegar

á ser poeta, y no vulgar, porque tiene suficientes dotes naturales para ello.

También otros jóvenes desdeñosamente citados por la *Revista* son dignos de ser alentados benevólamemente, si no por lo que han escrito, al menos por lo que prometen.

Más quisieramos añadir en defensa de los compatriotas agredidos; pero como en unos *Estudios literarios* que pronto saldrán á luz trataremos menos superficialmente de la *Lira Costarricense*, ponemos aquí punto final, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores, cansados ya de charla tan sin sustancia.

LA REDACCIÓN.

Las bellas artes

y el art. 351 del Código civil español.

—:o:—

Señor don Próspero Calderón.

Muy señor mío:

DEBO tantas inmerecidas atenciones á la prensa de Costa Rica, que el deseo de que preste mi modesta colaboración á alguno de sus órganos, me apresuraría á atenderlo inmediatamente, aunque fuese sólo carga lo que en realidad es honor.

Así es, que al recibir hace tiempo una atenta carta de usted encaminada á dicho objeto, no vacilé en si debía ó no acceder al concurso solicitado, sino en la elección de tema. El estudio del Derecho presenta escasas materias adecuadas para una publicación literaria; pero no deja de ofrecer asuntos. Si el Derecho condiciona todos los fines humanos, y, por lo tanto, el artístico, habrá, ó debiera haber, muchos preceptos jurídicos que satisfagan exigencias del cultivo de la estética. Dígalo sinó la campaña emprendida en Francia con objeto de que se respetaran las obras artísticas, desde Víctor Hugo y Montalembert, que se horrorizaban ante los nuevos vándalos que, á impulsos de la codicia, destruían bellos y venerandos monumentos, hasta Bischoffshein, que deseaba protección para los modestos productos del Arte pre ó proto-histórico.

Incidentalmente ha surgido, pues, un tema: la expropiación forzosa de bienes muebles por interés del Arte. Puede circunscribirse á la expropiación de objetos hallados, que es lo que el Derecho llama invención, y entonces se ofrecería vasto campo para exponer, no aspiraciones sino leyes vigentes, que en Italia, Dinamarca, Grecia, Finlandia y otros puntos que ahora no recuerdo, garantizan los fueros del Arte en la cuestión propuesta.

La enajenación forzosa por causa de utilidad pública no fué desconocida por el Derecho antiguo; algún texto bíblico podría citarse en apoyo de esta tesis, por sí bastante descuidada. Por otra parte, las condiciones jurídicas que al Arte se deben, no eran tan atendidas como en los tiempos modernos, y así ni las Partidas ni otras leyes españolas se preocuparon de esta materia al tratar del hallazgo.

El *Código civil* de 1889, que es el vigente, ha introducido una reforma en que la atención se ha fijado poco, al tratar del tesoro oculto hallado en un terreno de propiedad particular ó del Estado. El artículo relativo á este asunto, que es el 351, dice así:

"El tesoro oculto pertenece al dueño del terreno en que se hallare".

"Sin embargo, cuando fuere hecho el descubrimiento en propiedad ajena, ó del Estado, y por casualidad, la mitad se aplicará al descubridor".

"Si los efectos descubiertos fueren interesantes para las Ciencias y las artes, podrá el Estado adquirirlos por su justo precio, que se distribuirá en conformidad á lo declarado".

No he visto que tenga este artículo del Código civil español concordancia con otro del de Costa Rica.

¿Es justo y útil? En una palabra: si la valiosa colección arqueológica legada al Estado por el señor Troyo, se hubiera ido formando por las pacientes investigaciones de un aficionado resuelto á conservar lo adquirido, de un Luis de Baviera con la manía de monopolizar el goce de algún objeto artístico, ¿sería razonable aplicar á este caso la expropiación forzosa, previa indemnización, como puede hacerse en Inglaterra, Italia y Portugal, respecto á las obras literarias?

En el caso de no hallarse previsto dicho supuesto en Costa Rica y de que mereciera fijar la atención de alguno de sus publicistas, daría por bien empleada la presente carta escrita á vuela pluma y sin pretensiones científicas, que me proporciona desde luego el placer de ofrecerme de usted amigo afectísimo que besa sus manos.

JOSÉ MALUQUER Y SALVADOR.

Madrid, 15 de Abril de 1891.

Abandonada.

—:o:—

ELLA era la tímida avecilla que ensaya en la arboleda solitaria el inexperto vuelo: la dió sus galas la niñez sencilla, su alma era luz, su voz una plegaria y su mirada un cielo.

Dulce cadena de inocentes goces fué su existencia, que llenó de encanto la pródiga fortuna; sus penas, nubecillas que veloces surcan del aire el zafrino manto sin dejar huella alguna.

Su corazón un día á los amores se entreabrió con el cándido embeleso de la pasión primera, como á la aurora las nacientes flores se abren temblando al misterioso beso de tibia primavera.

Con ansia entregó á su alevé dueño las primicias de una alma enamorada, ajena de traiciones; mas ¡ay! al despertar del grato sueño, se encontró la infeliz abandonada, sin honra ni ilusiones.

Cuando el invierno su brumoso manto sobre la tierra desolada extiende como fúnebre velo, y la avecilla interrumpiendo el canto hacía otra playa hospitalaria tiende el afanoso vuelo,

Ella también huyó desengañada: los ángeles de Dios la arrebataron al celestial palacio; pero al subir á la eternal morada, en el fango del mundo se quedaron sus alas de topacio.

C. GAGINI.

ENSAYO LINGÜÍSTICO.

—I.—

Las lenguas indígenas de Costa Rica hoy existentes, pertenecen sin duda á la gran familia Caribe, que se extiende desde Venezuela hasta la frontera de Nicaragua; es innegable, no obstante, que á lo largo del litoral del Pacífico, en la península de Nicoya, en la costa de Orotina y en la meseta central que ocupan nuestras principales ciudades, habitaron antiguamente tribus de origen mexicano, que aunque ya extinguidas, dejaron visibles huellas de su paso en las muchas palabras provinciales usadas corrientemente entre nosotros. Los documentos de los gobernadores españoles mencionan con frecuencia á los indios mexicanos, tratados cruelmente por sus dominadores. Dos son, pues, las fuentes del elemento indígena nacional: las tribus caribes venidas del sur, inclinándose á la costa del Atlántico, y las mexicanas, procedentes de Nicaragua, que descendieron por las costas del Pacífico. Esta distinción, que no encontramos en las escasas obras que tratan de la etnografía y lingüística nacionales, es de suma importancia principalmente para la arqueología.

El ilustrado y laborioso señor Thiel, en sus *Apuntes lexicográficos*, no dice una palabra acerca de los indios mexicanos: de ahí que, como pretende explicar la etimología de casi todos los provincialismos por medio de los dialectos caribes, incurre en numerosas inexactitudes. Vamos á apuntar de paso las más salientes.

Abra nos parece, no una palabra india como supone el señor Thiel, sino el castellano *abra*, "abertura ancha y despejada entre dos montañas".

Arguenas ó *argueñas* es una palabra netamente castellana: se encuentra en las obras de Cervantes.

Cagüita parece más bien el mexicano *quahuitl*, madera, de *qua*, árbol.

Caite es corrupción de la palabra mexicana *cac-tli*, sandalia.

Comal es el mexicano *comatl*, olla de barro para asar tortillas.

Coyol es el mejicano *coyolli*, cascabel (por la semejanza que hay entre el fruto de esa palmera y un cascabel).

Cuayote es asimismo voz mejicana.

Cuajiniquitl nace del mejicano *qua*, árbol.

Chalchihuite, piedra verde, especie de amuleto de los mejicanos. Es un compuesto de *chihuitl*, turquesa.

Charramasca, según el señor Thiel, significa "traigo ó déme *chara*, leña menuda." Pero *charramasca* es simplemente corrupción del castellano *chamarasca*.

Chayote y *chicasquil* son voces nahuales ó mejicanas.

Chiltote es un compuesto del mejicano *chichiltic*, rojo, y *tototl*, pájaro.

Chirimía es palabra castellana, derivada del griego, y conocida antes de la conquista de América.

Chuluteca ó *cholteca* es voz mejicana, así como *güitite*, *churristate*.

Guanacaste se compone del nahuatl *qua* árbol, y *nacastli*, oreja.

Porque efectivamente los frutos del árbol así llamado (*enterolobium*) tienen gran semejanza con una oreja humana.

Son también mejicanas las voces *agüizote*, *jalacate*, *jicote*, *mastate*, (de *maxtlatl*, taparrabo), *milpa* (de *milli*, campo cultivado), *papalomoyo* (de *papalotl*, mariposa, de donde viene nuestro *papalote*) y *moyotl*, zancudo, *pataste*, *pizote*, *pochote*, *quclite* (de *quil-ittl*, yerba comestible), *tapate*, *Tempisque*, *tepemechin*, (de *tepec*, montaña, y *michin*, pez), *tinamaste*, *zacate*, *zonchiche* (de *tsontli*, cabeza y *chichiltic*, roja), etc. y otras muchas que omitimos para no hacer demasiado largo este trabajo.

En cuanto á los nombres de lugares, ríos, montes, etc. casi todos son seguramente de origen caribe.

Además del estudio del señor Thiel hay otros dignos de mención: el de Mr. Gabb, inserto en los Documentos publicados por Don León Fernández, y el de Ssherzer, menos extenso y más defectuoso que el anterior.

II.

Los indios Guaymies, con los cuales tienen estrecho parentesco los de Talamanca, habitan en las montañas del istmo de Panamá, entre Chiriquí y el Golfo Dulce. Divídense en *norteños* y *sabaneros*, y son de la familia de otras tribus caribes como los Dorasques, Changuenes, Chalivas, Irbolos, etc. Sus costumbres son muy semejantes á las de nuestros indios. Por lo que toea al idioma, no obstante los profundos cambios que en pocos años experimentan los idiomas imperfectos, faltos de reglas gramaticales fijas, aun pueden señalarse algunas semejanzas entre la lengua guaymí y los dialectos de Talamanca, semejanzas que subsisten á pesar de la incomunicación en que han vivido unos pueblos con otros. Indicaremos algunas lexicológicas solamente, pues nos faltan datos para las gramaticales:

Agua se dice *ti* en dorasque, cuna y guatuso; *di* en Boruca, Terraba y Bribri; *dicrüh* en la Estrella.

Casa se dice *uh* en guaymí, Terraba, Bribri, Cabécar, Estrella, Chirripó, Tucurrique y Guatuso.

Puerta es *ucue* en guaymí, *ucarás* en Boruca en Bribri, *ucue* en Cabécar, *ucuh* en la Estrella, *ucöh* en Chirripó y Tucurrique.

Piojo en guaymí es *cu*, en Boruca *cva*, en Terraba *cung* y en Guatuso *cu*.

Red se dice *crade* en guaymí y *cra* en Terraba y Boruca.

Yuca en guaymí y, en dorasque *iga*, en Terraba *ic*, en guatuso *illan*, en Bribri *ili*.

Ceniza es *nubrü* en guaymí, *brun* en Boruca, *purun* en Guatuso y *punü* en el idioma cuna.

Uno se dice en guaymí *crada*, en Terraba *crará*, y en los demás dialectos *ecra*.

Dos, en guaymí *crobu* y lo mismo en Terraba.

Tres, como en guaymí y *crom mialh* en Terraba.

Cuatro, *crobogo* en guaymí, y en Terraba *crob gring*.

• *Siete* *crocugú* " " y " "

cracoc.
Ocho, *crocuo* " " y " "

cracoong. Etc. etc.

Se nota, además, gran similitud en la formación de los nombres compuestos de la lengua guaymí y los del dialecto de Boruca.

Estas dos lenguas presentan más afinidades que las otras. Ejemplos:

CASTELLANO.	GUAYMI.	BORUCA.
árbol.	crieu.	crang.
raíz.	cri-notri.	crang-chao.
tronco.	cri-oto.	crang-tuy.
ramos.	cri-cude	crang-shit
hojas.	cri-co.	crang-cah.
flores.	cri-tue.	crang-surut,
frutos.	cri-mouco.	crang-vag.
tigre.	curra.	curra.
mono.	uri.	uri.
grande.	cri.	cri éh.
ceniza.	nubru.	brún.
arco.	tuque.	tuncra.
asiento.	tacara.	te ecra.
bebo.	ariñahe.	ari djana,
bebe.	ñañi.	djana.
caimán.	gru.	cu.

III.

Mucho más podríamos añadir acerca de las leguas indígenas de Costa Rica, si no nos lo impidiese la convicción de que este somero ensayo resultaría de todos modos muy deficiente para los filólogos y desprovisto completamente de interés para la mayoría de los lectores. Para concluir vamos á proponer una idea que no dudamos será bien acogida por los que desean sinceramente el progreso de la patria.

En diversas ocasiones se han establecido entre nosotros sociedades literarias, de vida tan efímera, que algunas se han disuelto á los pocos meses de fundadas. ¿Podrá atribuirse ese fenómeno á versatilidad de carácter? De ningún modo: en nuestro sentir se debe á la falta de fines bien determinados. No pasaría lo mismo con una sociedad científica cuyo fin fuese el estudio de la geografía, historia, arqueología é historia natural de Costa Rica, y la recolección de obras, datos y objetos relativos á dichas ciencias. Proponemos, pues, la fundación de una sociedad de esta clase, y suplicamos á los colegas que se sirvan manifestarnos su opinión á este respecto.

C. GAGINI.

Estancias á O.....

I.

A solas con la noche estoy llorando,
pues comprender no puedo tus agravios,
olvidarlo? Jamás! que entre tus labios
mi alma en un beso te dejé temblando.

II.

Ay! Cuántas veces, cuando en vano lidio
por arrancar del corazón tu amor,
al fatídico espectro del suicidio
he visto deslizarse aterrador!

III.

Soñé que unidos en abrazo estrecho
una sola alma formábamos los dos,
y que de amor, en lágrimas deshecho,
un corazón sin fe se alzaba á Dios.

IV.

Depón el ceño, olvida tus enojos!
devuélveme tu amor mi único anhelo,
que á la lumbre divina de tus ojos
me envidiarán los ángeles del cielo!

X***

San José, 1891.

Contraste.

—:O:—

El monarca entra al templo. Denso emjambre
de plegadizos cortesanos lleva.
En el atrio un anciano á quien el hambre
obliga á mendigar, la voz eleva,
baja la frente y la callosa mano
tiende al séquito. En vano
una limosna espera, una mirada:
todos se apartan sin dejarle nada.
Sólo una cosa le quedó al anciano:
la vergüenza que falta al cortesano.

EL REPORTER.

ARTÍCULO DEDICADO Á MIS QUERIDOS COLEGAS
JAVIER VALENZUELA (h.) Y MANUEL
VALLADARES R.

—:O:—

Prepara el ataque, al veros resignado, y
os espeta la primera posición: ¿Es ésta su primera
visita al país? (Max O'Rell, Jonatham
and his continent.) Sí, sí señor, contestáis con
aire de víctima; pues no se ablanda, sigue la
descarga de *fusilería*: tratáis de excusaros di-
ciendo que no manejaís el idioma.

Nada vale, contestará que se complace en
oir que poseéis la lengua á las mil maravillas.
Insistís en que no podéis expresaros en otro
idioma que el nativo; pero todo es inútil, os
repite, con una sonrisa que os helará la san-
gre, porque anuncia que no hay deseo de
abandonar el *campo*, aunque intentéis conver-
tiros en una estatua; que os entiende per-
fectamente, y que esto es lo indispensable: que
qué diera él por saber el español como vos el
inglés ó el francés. Prosigue el acostumbrado
cuestionario con la misma terquedad con que
se tocan en las calles destemplados organillos.
"Ya se fué! Ya estoy libre! exclamáis con no
fingida alegría. Os parece que sí? Otro error
colosal. Aun os queda, si no sabéis lo que es la
prensa en aquellos países, un célebre como
abundante desayuno: al levantaros oís el fuer-
te grito del chicuelo que anuncia y vende el
periódico, explicando con su penetrante voz
los sucesos y hechos más notables que se
describen. Por curiosidad ponéis en manos
del elocuente vendedor un níquel ó una su-
cia moneda de cobre, que os molesta en el
bolsillo. Comenzáis á hojearlo y veréis en al-
guna de aquellas tupidas pájinas, una, dos y
hasta tres columnas y muchas veces una pla-
na en que se relata la desventurada conversa-
ción. ¿Pero qué es esto? Yo no he dicho nada
á éste ó al otro respecto! Seguro que no, pero
el reporter interpreta. Qué iba á hacer? Os
buscó paea que le ayudáseis á llenar aquel
espacio: no bastó con lo que dijisteis, ima-

ginó, y tramó un diálogo animadísimo. Os
suplico que no os restreguéis los ojos, porque
no soñáis. Tampoco es permitido encolerizar-
se por tal embuste ¡pobre del que tenga bilis!
"Oh! no, (es el primer impulso) no permitiré
tamañas mentiras; una rectificación es lo con-
ducente. ¡Qué torpeza! La rectificación hace
que aquellos que no han parado mientes en el
artículo, lo lean y se rían de vosotros.

Lamentable sería una rectificación (se en-
tiende en casos de menor importancia) si el
diario pertenece á la Associated Press (Prensa
asociada.) Es preferible, os lo digo con sinceri-
dad, dejar correr la bola; si se la detiene, sólo
aumentará de dimensiones. Tampoco os asuste
que os dé á conocer en vuestra parte física.

Todavía es soportable el reporter en tales
circunstancias; pero imaginaos que ocurra esto
en nuestra patria, y que, por cable, llegan
confusos rumores á la prensa. Adiós libertad
de acción! Debéis decir apesadumbrado si te-
néis algún puesto, y aun sin tenerlo. Desde ese
instante no os pertenecéis: el ejército de repor-
ters ponen sitio á vuestra habitación, y os in-
terrogan perennemente sólo por el hecho de
ser ciudadanos del país en que acontecen los
hechos. Os deseo mejor la grippe ó la in-
fluenza! Esto es lo que vale el reporter y esas
son sus ocupaciones.

Ahora suponed que en vez de uno hay u-
na verdadera tropa: los reporters de la exten-
sísima Prensa Americana, y que os toca via-
jar encerrado en un carro (vestíbulo) de la
Compañía Pullman (Chicago), en unión de tan
apreciables caballeros. ¿Qué diríais? Yo no sé
lo que diríais; pero yo sí os digo que os sor-
prende ver cada reporter trabajando por sí,
sin que se arme una de *Dios es Cristo* y con-
traviniendo al adagio: "¿quién es tu enemigo? -
El de tu oficio." Entre los reporters no sucede
esto: cada cual pone los medios para ser el
primero y único poseedor de una novedad ó
noticia; pero una vez asegurada por la tras-
misión telegráfica la propiedad, reina entre
ellos una paz octaviana, digna de imitarse
en una reunión numerosa de jurisconsultos,
facultativos y aun de farmacéuticos.

Nada tan particular como una *batalla pa-
cífica* librada entre los reporters para apode-
rarse del papel que contiene el discurso de
un reputado orador. Aun no ha concluido de
desdoblar el papel, cuando tiene cual buitres
hambrientos á los reporters de la prensa. Se
parapetan á distancia fácil de salvarla en dos
saltos, cuando, por respeto, no se atreven á
pegarse á los botones del frac del valiente ora-
dor; pero al apoderarse de una buena posición,
la defienden con empuje propio de un gene-
ral. Se oye el sacramental dije ó he dicho, ó
cualquiera palabra que indique que ha ter-
minado la oración: aparecen como por encan-
to los afilados dedos de los reporters que se
disputan el *botín*. El orador se halla rodeado
de una turba que le quita la serenidad, y aun-
que hubiera querido conservar su discursito,
no le es posible, lo arroja á la multitud. El
que es más listo será su legítimo dueño, y su
periódico se engalanará con tales *despojos*. Si
esto acontece en otra ciudad diversa de la
que es cuna de los periódicos, el triunfante
corre á transmitir el discurso, y á las pocas ho-
ras es conocido á 240 millas, y quizá al si-
guiente día en toda la unión Americana ¡Qué
velocidad! ¡Qué envidiables comunicaciones!
Los reporters, por regla general, son type-
writers, comiendo, en pie, sentados, etc., y en
cualquier postura. Llamen la atención por su
desmedida actividad, y algunos se dan vida de
príncipes, porque son de *cajón* en los banquetes
y recepciones. Los hay también *serenos*
(uso un provincialismo que todos conocemos,
porque ignoro una palabra que exprese me-
jor la idea.) Notabilísimos son algunos repor-

ters de "El Herald," "El Fran Leslie" y "El Tribune" en New York; y todos sabemos que un reporter de "El World" hizo el viaje al rededor del mundo para dar lecturas en los teatros sobre dicha expedición.

Voy á concluir: temo no haberos dado una idea del reporter, que lo traducen por relator, traductor, redactor, taquígrafo, etc., etc.; pero pienso que es intraducible.

Decidme, por último; el reporter, que no hay duda presta grandísimos servicios sobre todo, en naciones muy adelantadas, á la prensa y al público en general, ¿no es en determinadas circunstancias un *zancudo insufrible*?

El Zapote, Octubre 1º de 1890.

JAVIER A. ARROYO.

La locura del Campanario.

A mi querido compañero de letras J. F. Sanmartín y Aguirre, notable poeta humorístico é intencionado prosista.

—:o:—

Como acostumbraba á ejecutar durante las funciones religiosas, desde que antaño le acontecieron no se sabe qué lances con un muchacho, cerró el tío Esquilón la puerta del campanario para que no se colasen los chicos, guardóse la llave en la chaqueta dentro del bolsillo externo del pecho, bolsillo que estaría repleto sin duda, pues se quedaron las guardas asomando, y luego de encender una colilla de puro y de quitarse dos ó tres veces la gorra, para rascarse la enmarañada pelambre, requirió el recio cáñamo y talán, tolón, comenzó á sonar en lo alto de la torre el doble de difuntos, mientras en las espaciosas naves de la iglesia repercutían, como contestándole, los sonoros acordes del órgano y las lúgubres salmodias de los sacerdotes.

Había funeral para rato, pues era el muerto de arraigo en el pueblo y de posibles. Otras veces, aprovechaba el tío Esquilón el tiempo que duraban las misas de cuerpo presente, en repasar en su memoria los repiques extraordinarios, los sepelios probables y las fiestas de primera que acontecerían en el mes, listín mental que siempre estaba estudiando el buen hombre por virtud de los tres importantes cargos de campanero, sepulturero y sacristán menor que en la parroquia desempeñaba. Y el tío Esquilón se entregaba á reflexiones tales sin descuidar por eso el doble, en fuerza de la costumbre, aunque calmoso por naturaleza y seguro de que lo mismo le valdría campanada más ó menos, allá tiraba de la cuerda del badajo, sólo cada cinco minutos.

Aquella mañana mostrábase el pobre tío Esquilón ceñudo y sombrío, con el rostro lleno de sombras. A no dudarlo, la tormenta se desencadenaba deshecha en el alma de aquel hombre teniendo el vértice en su cerebro, pues su frente aparecía surcada de profundas arrugas, caíanle los párpados como si fuesen de plomo é inclinaba su cabeza abrumada tal vez por la cerrazón de sus pensamientos. Varias veces se olvidó en su éxtasis de darle al bronce y cuando salía de su distracción, vacilaba en tocar la grande ó la chica, como si hubiese perdido la cuenta. A lo mejor se oía entre toque y toque como el rumor de un suspiro ahogado por la vibración de las campanas y aferrado á las cuerdas, de pie derecho,

con la rigidez de una estatua, de cara al mechinal de la torre, que le circundaba á manera de una hornacina, tendiendo la vista por el paisaje sin detenerla en ningún punto, sin fijarla en ninguna parte, sin ver acaso, con la mente extraviada por la borrasca de sus ideas, y el pecho oprimido por el huracán de sus sentimientos, fué aflojando en el doble el campanero hasta soltar las cuerdas; cayéronse los brazos, y dos lágrimas silenciosas le resbalaron por las mejillas, lluvia tardía é ineficaz que no disminuyó en nada el fluído de aquella tempestad solitaria presenciada sólo por las grandes cigüeñas de la torre del reloj, que apoyadas sobre una zanca se preguntaban para su buche, qué diantres acontecería al vecino de al lado, para haber así enmudecido tan de repente las campanas.

¡Ah! ¡Mentira! . . . ¡Imposible! aquella revelación era una infame calumnia, un repugnante salivajo que la envidia escupía sobre el buen nombre de su hija, de su hija más pura que el aire que allí en el campanario se respiraba. ¡Imposible! ¡Cómo ella, tan cándida, tan pudorosa, tan formal, había sido capaz de enlodar las canas de su padre, de amargar su vejez para siempre! Las palabras mentidas del hijo del alcalde, de aquel libertino sin conciencia, habían tenido fuerza para vencer la virtud de la débil muchacha, sin que hubiera sido capaz de detenerla en la pendiente el recuerdo del pobre viejo, para el que ella era el rayo de sol que animaba el invierno de su vida! . . . No se podía creer eso; ¡nunca! Pero el veneno de la duda intoxicaba ya el corazón del infeliz campanero, y á pesar de su lucha ciclopea con la voluntad rebelde, sentíase impotente para alejar de su pecho la horrible levadura de las sospechas.

Y en estas, sus miradas errantes se fijaron maquinalmente en uno de los patinillos de la iglesia, por el que se entraba á las covachas que de habitación le servían. Allí, junto á la añosa parra, recostada sobre la pila de piedra del lavadero en la que descansaba un montón de retorcida ropa blanca, con las mangas recogidas sobre el codo y la cabeza baja hallábase la muchacha, escuchando á un hombre que la hablaba con impetuoso fuego á juzgar por sus ademanes violentos.

El tío Esquilón se puso verde, acometióle un temblor convulsivo, abrió inmensamente los ojos, se los restregó luego como temiendo ver visiones, le castañetearon los dientes, y arrancándose de pronto á su ensimismamiento, se abalanzó al mechinal del campanario como si fuera á arrojarse al espacio, y trémulo, sin voz, sin alientos, sujeto por los dos brazos abiertos en cruz, y apoyadas las manos en el marco de la mechina, con medio cuerpo inclinado hacia fuera, sobre el abismo, se asomó cuando pudo para distinguir bien á la incauta pareja.

La opinión pública no mentía, las sospechas del infeliz no eran infundadas; ya no le quedaba el recurso de atribuir las afrentosas especies á calumnias de la envidia, ni le restaba el amargo consuelo de la duda; la certeza brutal se le imponía bruscamente. Pero el cáliz no estaba lleno, la horrible realidad no le había aún descargado el último golpe. Súbito el hombre que charlaba con la moza, se aproximó á ella hasta pegar rostro con rostro, abrió los brazos, y el tío Esquilón no pudo resistir más, no tuvo valor para convencerse hasta la evidencia de la deslealtad de su hija.

Con los ojos inyectados de sangre, con la expresión salvaje de la locura, se echó hacia atrás el pobre padre y tan brusco fué su retroceso, que la llave que guardababa en el pecho y que al inclinarse sobre el espacio, habíase ido escurriendo del bolsillo poco á poco, salió de estampía con la rapidez de una bala y dan-

do vueltas por el aire, cayó en un tejadillo de la iglesia.

El tío Esquilón adivinó más que vió la caída de la llave, y comprendiendo que estaba encerrado sin escape posible, quiso cogerla al vuelo; á pique de estrellarse, se abalanzó á detenerla y la siguió con estúpida mirada en su descenso. Después, rápido, veloz, anhelante, angustiado, corrió á la puerta del campanario, la golpeó con todas sus fuerzas, la molió á patadas, intentó arrancarla de cuajo. Todo en vano; la cerradura resistió al tremendo empuje y fallida su esperanza de violentarla, rugiendo de ira comenzó á gritar el pobre hombre para que le abriesen, pero sus voces se perdieron en aquella altura, y entonces, jadeante, fatigoso, destrozadas sus ropas y llenas de polvo y telarañas, con las manos acardenadas y rotas las uñas, se quedó ante la puerta anonadado, incapaz de coordinar dos ideas, con un espantoso alud bajo el cráneo, medio imbecil.

Su misma situación le inspiró al tío Esquilón un pensamiento salvador; plantóse de uu salto entre las dos campanas; blasfemando como un condenado y más con garras de fierro que con manos de persona, se agarró á las cuerdas de los badajos; las sacudió con furia apretando bien los puños hasta señalarse la trezadura del cáñamo en las palmas, y . . . tan, tan, tan, tan, impetuoso, violento, acelerado, atropellándose los sonidos, ensordecido los aires de repente el toque de arrebató que allá desde las alturas de la torre lanzaba sus ecos atronadores y alarmantes.

Todo el pueblo corrió á la plaza lleno de espanto al oír aquel incesante tocar á fuego que sustituía de improviso al doble de difuntos; nadie se explicaba lo que acontecía. La iglesia fué invadida, la escalera de la torre tomada al asalto; arriba continuaba aturdiendo el bronce echado á vuelo. Pero no se podía seguir; la puerta estaba atrancada. Veinte puños cayeron sobre sus cuarterones, llamando con un aporreo estruendoso; no respondieron de adentro; gritósele al campanero que abriese; todo inútil, y mientras, no paraba el tan, tan, tan, cada vez mas precipitado y angustioso; el campanario se había vuelto loco. Echóse por fin la puerta abajo, invadió la gente el piso de las campanas, y abandonando entonces las cuerdas el tío Esquilón, al comprender que estaba libre, apartando á unos y á otros con furia, se precipitó en busca de la salida, y sintiendo de pronto en el cerebro el martillazo de apoplejía, cayó el pobre hombre sin sentido en el primer peldaño de la escalera como una masa abandonada á su peso.

Ausencias.

"Para Costa Rica Ilustrada".

AVECILLA melancólica que cruzas, volando, el mar; ve amorosa á la que adoro mis suspiros á llevar.

Díle que en este retiro oscuro mi cielo está, porque falta de sus ojos la luz pura y virginal;

porque sus labios de rosa
sonriendo ya no están,
como en los alegres días
de nuestra felicidad.

Que el ambiente que respiro
mi vida no alienta ya,
porque al aliento le falta
de su boca de coral.....

Aveilla melancólica,
cruza veloz ese mar,
y las penas que me ahogan
á la que aoloro contad.

Dile que tengo una duda
que me persigue tenaz;
duda que me quita el sueño,
duda que me ha de matar.....

¿Será su amor verdadero,
ó vaga ilusión será?
¿Volaré á sus patrios lares
ó no la veré ya más?.....

Si ella se encuentra triste
arrúllela tu cantar
y con tus trinos endulce
la amargura de su mal;

y si me ama ferviente,
tú que sabes mi ansiedad,
repítela el juramento
de amarla hasta el más allá.

Dile por fin, que amoroso,
ardiente en mi loco afán,
hasta sus piés volaría
mi último aliento á exhalar;

y allí de hinojos me viera
sujeto á su voluntad.....
si como á tí, golondrina,
me fuera dado volar.

NICOLÁS ECHEVERRÍA. -1886.

Historia de un corazón.

PARA "COSTA RICA ILUSTRADA".

(A mi amigo Francisco Rucavado.)

Como una flor vino al mundo
Y como una flor murió.

DANTE.

Hay escenas en la vida tan tristes y sombrías, que dejan en el corazón una impresión tan profunda y dolorosa, como el recuerdo del bien perdido, del ayer venturoso, como el tañido doliente de la campana cuando anuncia al rebaño cristiano los funerales de un corazón.

Todos hemos sufrido en la vida, todos hemos recitado el poema de nuestras desgracias, y á solas, á la luz crepuscular, á la luz que muere, hemos llorado sobre nuestras propias ruinas, sobre el cadáver de nuestras ilusiones.....

La felicidad tenía su trono en el Paraíso, y desde el primer pecado, cual ave asustada, tendió las alas y voló.

Si tienes corazón, escucha y llora.....

I.

Hacia el año de 1865 surgió á la vida una mujer, como surge la flor en el jardín coronada de luz y de alegría, pero que pronto se marchita y dobla su tallo; como aparece una estrella en el manto azul de los cielos destellando vívido fulgor, para perder luego su luz con la venida del astro rey.

Su nombre era Julia como el que llevan casi todas las mujeres hermosas.

Dios, que es el mejor artista del universo, había derramado sobre su cabeza un torrente de luz y de gracias, las cuales se habían esparcido maravillosamente por todas las partes de su ser. Tenía unos ojos negros, luctuosamente negros y húmedos, bañados en la luz de lo infinito; una boca pequeña, fresca y pura como una aurora de Mayo y que convidaba á dulcísimos antojos; una nariz perfectamente correcta que hubiera servido de modelo al pincel mágico de Benvenuto Cellini; su talle esbelto y flexible se cimbreaba cual las palmeras del Brasil, cuando obedecía graciosamente á los compases de un vals; su cuello blanco y puro como el marfil, formaba contraste seductor con su cabellera negra y luciente, y su andar sereno y magestuoso parecía que había abandonado el pedestal de la estatua.

"Y esa mujer tan cándida y tan bella," como dijo el poeta, tuvo apenas un momento de felicidad sobre la tierra; felicidad que fué flor de un día porque estuvo sembrada de espinas, espinas ay! que llegaban hasta lo íntimo de su corazón.....

Diecisiete primaveras la coronaban cuando yo la conocí. Estaba en ese período ardiente y loco de la vida que se llama juventud, en que todo se ve claro y risueño como la luz de la alborada al despuntar en el rosado oriente, los horizontes limpios y diáfanos cual cristal de Bohemia y el futuro revestido con el hermoso ropaje de las ilusiones. Como era además hija de una familia distinguida y ostentaba sobre su frente la aureola luminosa del talento, las embajadas amorosas no tenían fin y las ilusiones zumbaban á su alrededor como las abejas á la orilla de su enjambre. Y yo que me contaba en el número de sus vasallos, sentí en el alma lo que nunca he sentido delante de aquella beldad viviente y esperé humildemente mi turno.

Cual experto piloto traté entonces de conocer si mi barquilla navegaría bien en el océano del amor, y poco á poco con mi constancia y con las muchas atenciones que le prodigaba, hicieron que sus ojos se encontraran á menudo con los míos y que de su boca fresca y lozana, en donde retozaban los besos, se desprendiera dulce y cariñosamente una sonrisa para mi alma enamorada.

Poco tiempo después visitaba su casa y aunque sospechaba que las puertas de aquel corazón eran accesibles á mi acento, no me atrevía, sin embargo, á revelarle una palabra y me conformaba con vivir entre el encanto y el temor, entre ese clarooscuro del amor que tanto gusta y mortifica al mismo tiempo; pero una vez que tuve la convicción de que la estrella de mi dicha asomaba radiante y pura en el cielo del amor, cuando ví á la luz de día tropical que ante mis ojos se destacaba una perspectiva afiligranada, de mágica ilusión, entonces rebosante de dicha y de placer, enarbolé la bandera del triunfo sobre el altar de mis ensueños de oro y ví labrada mi felicidad tantas veces soñada.

II.

Veamos como fué ese idilio, si es que idilio se llama á dos corazones que se aman, se comprenden, que se sacrifican el uno por el otro y que Dios bendice desde el trono excelso de su grandeza.

Una tarde de Diciembre—ah! qué tarde, nunca puedo olvidarla—fué invitada Julia á unas *melcochas* en celebración del cumpleaños de..... Como el complemento de casi toda fiesta de confianza entre nosotros es el baile, todos los convidados comprendieron claramente que más tarde tendrían que hacerle siquiera una cortesía á la alegre y bulliciosa

Terpsícore, una de las nueve más condescendiente con los mortales.

La concurrencia era numerosa y escogida, como al fin familia que está relacionada con la *crème* de la sociedad. Sólo el que haya estado alguna vez en esa casa, podrá imaginarse lo que es una reunión allí, donde brillan siempre la virtud y el talento, las gracias y el buen humor.

Cuando yo me presenté en la puerta del salón, mi corazón recibió un baño de alegría á la vista de aquel cuadro tan hermoso y recordé entonces al poeta: "las mujeres y las flores son hermanas".

Y cierto, tenía razón el autor del Diablo Mundo al hacer esa bellísima comparación, pues junto á hermosas lunas de Venecia había búcaros de brillante porcelana de Sevres ostentando perfumados ramos de lirios y violetas, de rosas y azucenas que parecían departir cariñosamente con sus hermanas del salón.

De pronto, en medio de aquel abejero, de aquel coro de notas dulces y argentinas, se oyó una voz que dijo: "á bailar, á bailar, hay que celebrar el cumpleaños de Victoria."

Y aquellos racimos apetitosos de mujeres hermosas y de ojos radiantes de luz, iban y venían en adorable algazara, ya locas, frenéticas por el baile, hasta que una señorita, verdadera estrella de nuestro cielo musical, tuvo que ir al piano por unanimidad de votos. Tocó, si mal no recuerdo, el Miosotis, vals que fascina y enamora y que hace caer el alma en no sé qué vaga y dulce melancolía.

El piano gemía y lloraba bajo aquellas manos de artista, y las parejas se lanzaron al salón, ebrias de felicidad, obedeciendo á los compases del vals aristocrático. Nada tan hermoso como un piano bien tocado, nada tan conmovedor como esas notas limpidas y suaves que llegan al alma con dulce arrobamiento! Aquella música parecía á veces como la modulación de un recuerdo, y otras como las armonías de los cielos confundidas con las tempestades del océano. Con razón hacen gala los poetas y los artistas del miosotis. De una flor azul, del miosotis, estaba enamorado Lamartine.

En las bodas de un miosotis y una sensitiva, sirvió de paraninfo un poeta dulcísimo que la fama pregona con su trompetín sonoro y que no es otro que Gustavo Adolfo Becquer, el enfermo de incurable amor.

Todo lo azul me encanta. No conozco á Italia ni en sueños; pero me han dicho que es bella como su música y su historia; que es la hija más mimada y coqueta del Adriático; que siempre está cobijada por un cielo azul purísimo, y que en una hermosa región de ella, en la inmortal Verona, crecen espontáneamente, como las margaritas de nuestros campos, los miosotis y las campánulas, cuyos secretos cuentan las aves en notas tiernas y melifluas, y cuyas quejas, cuando sufren de amor, las escucha el caudaloso Adigio que á su vez responde con su lengua de cristal.

(Continuará.)

ALBERTO RODRÍGUEZ.

A M.....

[Para Costa Rica Ilustrada.]

CUANDO la niebla pálida
envuelve las colinas
y va la noche lóbrega
tendiendo su capuz,

en Occidente flotan
las nubes purpurinas
como recuerdo lánguido
de la extinguida luz.

* *

Cuando en las horas tétricas
de tedio y amargura
oprimen el espíritu
las sombras del dolor,
nos queda ya por único
celaje de ventura
algún recuerdo plácido
del tiempo que pasó.

* *

Como fugaz crepúsculo
de nuestra dulce historia
conservo una promesa
de inextinguible amor.
¡ Ha tiempo la olvidaste !
No pudo tu memoria
guardar lo que mintiendo
juró tu corazón.

AMER.

Alajuela, Mayo de 1891.

NOTAS.

EN la biblioteca de Boerhaven se encontró un volumen grueso y lujosamente encuadernado, que, según decía, contenía los secretos más importantes de la medicina. Cuando abrieron el volumen, hallaron que estaba todo en blanco; sólo en la portada estaba escrito lo siguiente: "Conservad la cabeza fresca, los pies secos y el estómago limpio, y reíos de los médicos".

* *

Queriendo un religioso consolar á una señora veneciana que había perdido á su hijo único, le recordaba el ejemplo de Abraham, á quien Dios exigió que inmolará á su hijo. "¡ Ah padre mío ! replicó ella vivamente : Dios sabía lo que hacía, y nunca habría exigido ese sacrificio á una madre".

* *

Un soldado, herido de un balazo en el pecho, fué llevado á la ambulancia. Allí por varios días los cirujanos no hicieron más que sondar la herida.

El soldado, á quien martirizaba cruelmente la inacabable operación, acabó por preguntar á los médicos qué buscaban.

--Buscamos la bala, le respondieron.

— ¡ Con mil bombas ! hubieran hablado antes; si la tengo en el bolsillo !

* *

El doctor Dumonliu, estando en la agonia, dijo á varios de sus colegas que rodea-

ban su lecho: "Señores, yo me muero, pero dejo tres médicos que son los mejores del mundo".

Los circunstantes, creyendo que se refería á ellos, se quedaron pendientes de las palabras del moribundo, que añadió con voz apenas perceptible:

"El agua, el ejercicio y la dieta".

* *

El papa Benito XIV decía un día refiriéndose á un prelado animoso que defendía con gran celo y sin guardar ninguna moderación, los breves ó buletos apostólicos: "Este se parece á aquel gentilhomme napolitano que tuvo catorce duelos por sostener que el Dante era mejor que Ariosto, y al morir confesó que nunca había leído á ninguno de estos dos poetas".

* *

EL MUNDO DE LOS NIÑOS, ilustración infantil que se publica en Madrid cada diez días, es un periódico de diez y seis páginas, adornado con tres cromos y varios grabados en negro, y redactado por notables escritores españoles. No hay ninguna publicación de su clase que ofrezca tan variada, amena y sana lectura. En Costa Rica cuenta con gran número de suscriptores. Llega con la mayor regularidad.

La suscripción anual, serie de 36 números, vale solamente \$ 3,25. Recomendamos este periódico á los padres de familia.

Punto de la suscripción, la *Redacción de Costa Rica Ilustrada*.

* *

A VER QUIÉN SE ATREVE.—El señor Martín Posno, joyero de París, tuvo la idea de ejecutar para la Exposición de 1889 una obra maestra de joyería, única en el mundo. Con este objeto reprodujo la torre Eiffel con una exactitud matemática, en oro, plata y piedras preciosas [diamantes, rubíes, zafiros y perlas].

Esta obra, que mide *un metro de altura* sin la bandera de la torre, contiene 21.000 diamantes. No habiendo sido posible concluirla para la exposición, se exhibe actualmente en la Galería Durand-Ruel, calle Lepelletier, 11, — París.

Esta pieza maravillosa, que podrá ser objeto de grandes ganancias en la próxima Exposición de Chicago, está en venta al mejor postor. Se han enviado anuncios á todos los periódicos. ¿Quién es el valiente que se atreve?

* *

DEBIDO al excesivo trabajo que ha tenido la Imprenta Nacional con motivo de las memorias que actualmente se trabajan, no ha podido salir el presente número con la regularidad que acostumbra; pero pronto podremos ofrecer á nuestros lectores exacto cumplimiento en la salida de nuestra publicación, engalanada con artículos de costumbres de escritores nacionales y composiciones poe-

ticas dedicadas á las principales señoritas de nuestro jardín josefino.

* *

En una tienda de ropas presencié alguien la escena siguiente:

Entra un sujeto que pide una docena de calzoncillos, aunque en seguida prefiere tomar una de camisas.

Luego saluda y va á salir.

—Se le olvida á usted pagar, le dice el dependiente.

—¿El qué, las camisas?

—Sí, señor.

—¡ Si las tomé en cambio de los calzoncillos !

—Pero es que tampoco ha pagado usted los calzoncillos.....

—¡ Hombre ! ¿ cómo quiere usted que los pague si no los tomo ?

* *

Una cortesana famosa por sus aventuras galantes, era no obstante muy devota y tenía por divisa: *Honor á Dios*. Un chusco propuso esta variante: *adios honor*.

* *

Nuestros amigos don Ramón Castro Sánchez, don Luis Castro Ureña y don Ramón Caballero, doblarán pronto la cerviz al dulce yugo del matrimonio y se echarán al cuello la coyunda suave que les ligará por siempre á los ángeles que han escogido para endulzar sus existencias.

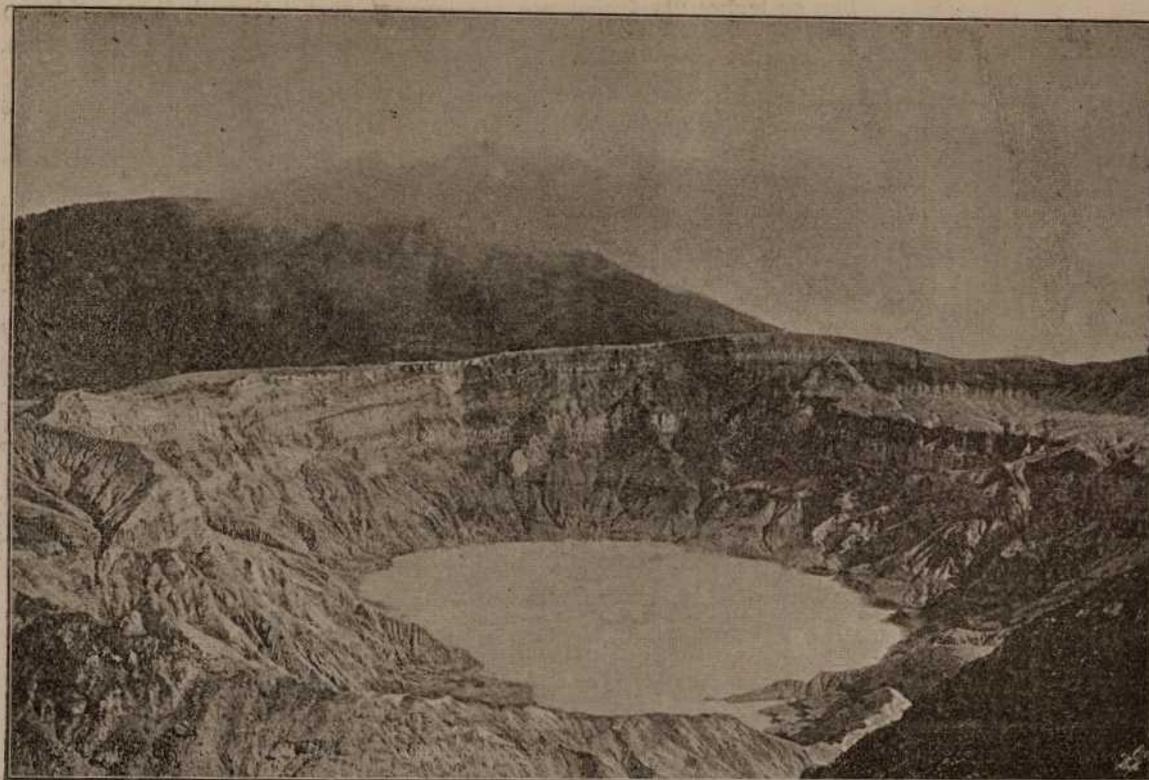
Deseamos que el sol de la dicha les sonría siempre, y que el *aguilón violento* de las desgracias de la vida no sople jamás sobre ellos.

EL VOLCAN DE POAS.

(Á MI AMIGO DON CARLOS GAGINI).

Muy á menudo se ha dicho que Costa Rica es la Suiza centro-americana, refiriéndose al desenvolvimiento de sus magestuosas cordilleras y á la naturaleza quebrada de su suelo. Sin embargo, y aunque ambos países tengan alguna semejanza desde este punto de vista, no puedo participar de tal concepto. Si yo quisiera establecer un paralelo entre ellos, lo haría más bien en el sentido de sus comunes aspiraciones políticas y morales: desarrollo continuo y pacífico de las libertades públicas, infatigable anhelo por el progreso intelectual de sus hijos. Pero ¡ qué contraste entre estas cordilleras sólidamente sentadas en anchurosas bases, cubiertas hasta sus cumbres más altas por una frondosa vegetación, y las atrevidas sierras de picos desnudos y áridos de la Europa central !

Hasta en la común monotonía de sus paisajes, los Alpes helvéticos difieren en un todo de los Andes costarricenses. Allí dominan los tonos grises, apenas variados por las manchas blancas de las nieves eternas, ó



el immaculado y no menos uniforme manto que durante seis meses del año cubre las faldas de las imponentes cimas; aquí, domina el color verde, no alterado nunca por el rigor del tiempo. Los torrentes alpinos se lanzan de peña en peña con ruidoso mugido que repiten mil veces los ecos del monte; el gentil riachuelo que se oculta en los flancos de la poderosa mole de un Icazú ó de un Chirripó, murmura suavemente bajo las copudas bóvedas de la oscura selva. Cuán diferente, de veras, y no obstante, ¡cuántos dulces recuerdos de la querida patria, despierta en el alma la contemplación de los pintorescos paisajes que adornan á la simpática Costa Rica!

Si la Suiza tiene sus nevados, Costa Rica, como toda la América Central, es país volcánico por excelencia. Hasta debe su existencia á aquellos respiraderos que, según teorías antiguas y hoy un poco fuera de moda, dejan escapar los hondos suspiros del corazón de nuestro planeta. Hubo un tiempo en que el gran istmo que une los dos continentes occidentales no era sino una hilera de tierras aisladas, entre las cuales se mezclaban las olas del Atlántico y del Pacífico. Por el continuo y gradual esfuerzo de los volcanes, aquellas tierras se elevaron más y más, y los estrechos que las separaban desaparecieron. Concluida la gigantesca cadena que junta el extremo meridional de México con la América del Sur, los autores de este enlace, terminada ya su obra, empezaron su retirada apagándose sucesivamente de sur á norte. Actualmente no existe ya volcán activo desde el Atrato hasta la meseta central de Costa Rica, y los pocos cráteres encendidos todavía que coronan la cordillera comprendida entre el Río Reventazón y el Lago de Granada son decretos é impotentes, en comparación de las montañas de fuego del Salvador y Guatemala.

Entre los primeros hay, sin embargo, el Turrialba, el Irazú, el Poás, que se muestran todavía como molestos y temibles vecinos. Muchos costarricenses han conservado vivo el recuerdo de la tremenda actividad del Irazú en 1844 y 1848, sin hablar de la ruina de Cartago en 1841 y diez años después, cuando á no dudar por otras picardías del mismo, aunque su culpabilidad no está comprobada por detalles fehacientes. El Turrialba tuvo también sus horas de celebridad en los años de 1864 á 1866, y en cuanto al Poás, que yo quería presentar á los benévolos lectores de

Costa Rica Ilustrada, sobran razones para acusarle de ser el principal autor de las referidas emociones. . . . sísmicas que, desde 1888 á esta parte, han agitado los ánimos de las graciosas hijas de Costa Rica. Pues, de los 186 temblores registrados en este Observatorio durante los tres últimos años, han tenido su centro de propagación en la mole del Poás.

Teniendo los habitantes de la meseta central un vecino tan preocupado del cultivo de su sentida emocional, no es por demás dársele á conocer con algunas personas.

De San José, el Poás se presenta como un cerro truncado, cuya altura apenas equivale á la cuarta parte del diámetro de su base. Descansa en la cima de un macizo pedestal, cuyos estribos varían hacia los varios rumbos del horizonte. Su apariencia no tiene nada de formidable y no excita la curiosidad. Mas, á pesar de eso, el espectáculo que espera al que se atreve á pisar su cúspide, es de los que jamás se olvidan.

El viaje es muy fácil en el verano y se hace enteramente á caballo, por el camino que, de Alajuela, se enlaza por San Pedro de la Calabaza y el Rancho del Achioté, hasta el Potrero del Alto, en la meseta superior del cerro. De allí, la vereda atraviesa unos vallecitos algo pantanosos, cuyo suelo está formado de pura ceniza volcánica, y bosques cada vez más achaparrados, hasta que uno llega, en poco menos de una hora, á la orilla del profundo cráter. El cuadro que se ostenta entonces á la vista y del cual ni el grabado ni cualquiera pluma pueden dar sino una tosca descripción, es verdaderamente sorprendente. A sus piés, y á una profundidad vertiginosa, el viajero ve una laguna casi circular, de aguas lodosas y en continua abullición. Los vapores que sin cesar se escapan de aquella hoguera, pronto se condensan en ligeras nubecillas que suben rápidamente, llevando con ellas el olor acre y asfixiante de los gases sulfurosos. Las orillas del cráter son casi perpendiculares y ni margen se encuentra á más de doscientos metros sobre el nivel del agua, que parece, no obstante, al alcance de la mano.

Fácilmente el espectador se olvida de sí mismo en la contemplación de aquellos paredones cuyo corte deja ver la primitiva estratificación de la roca, aquellas miniaturas de barrancos que demuestran todos los pormenores del activo trabajo de la estación pluvial,

los caprichosos torbellinos que agitan la superficie del agua. . . .

Pero de repente, se levanta espantado, y luego se queda aturdido, fascinado, por el inesperado suceso que por algunos minutos se ostenta á su vista. Una columna colosal, negra, humeante ha surgido de un golpe de en medio de la laguna y por grados alcanza una altura increíble, dejando caer en su derredor espesos chorros del lodoso líquido. Las aguas se agitan con furia, inundando momentáneamente la playa y produciendo un infernal chapuceo de olas que se mezcla en una tremenda melodía al sordo mugido de la columna. Mas, al poco rato, ésta disminuye rápidamente, cual si se fuera hundiendo en las entrañas del volcán, y pronto el cráter recobra su primitivo aspecto. Este grandioso fenómeno que tiene mucha analogía con los geysires de Islandia, es intermitente y se repite á intervalos bastante cortos que parecen variar continuamente.

El ojo pronto se cansa de admirar esta hoya inmensa, con sus aguas grises, sus paredes grises, sus nubecillas grises. Casi con ansia, busca los paisajes más frescos, de matices menos monótonos, que rodean la parte superior del cráter. A poca distancia al S. E. del último, en la propia cumbre de aquella pirámide que se ve de San José se oculta una preciosa laguna, cuyas aguas límpidas reflejan el azul del cielo y parecen, cuando la brisa divide su espejo en mil facetas centellantes, un mosaico de zafiro, realzado en el verano por una rosada corona de la *Melastoma* de los volcanes, que orlea con profusión las orillas de la encantadora joya.

Por cierto, amigo lector, que las dificultades de una excursión al volcán de Poás hallan buena recompensa en la vista de tan admirables cuadros. El viajero regresa con el ánimo robustecido, y con nuevo aliento para dedicarse otra vez á las luchas diarias de una pesada existencia. La satisfacción que resulta de los obstáculos vencidos, la contemplación de una naturaleza magestuosa, el aire puro de las alturas, el frío que penetra el organismo y lo reposa, son estimulantes tan sanos como benéficos que obran á la vez física y moralmente.

Observatorio nacional, 13 de Junio de 1891.
H. PITTIER.